

Harold Bloom, *¿Dónde se encuentra la sabiduría?* Buenos Aires, Taurus, 2005, 261 páginas.

Como explica el autor, este libro “surge de una necesidad personal, que refleja la búsqueda de una sagacidad que pudiera consolarme y mitigar los traumas causados por el envejecimiento, por el hecho de recuperarme de una grave enfermedad y por el dolor de la pérdida de amigos queridos” (p. 13). Cual si dijéramos que, llegado el tiempo de la sabiduría, ha venido también y necesariamente el momento de preguntarse por ella, por el concepto mismo de “sabiduría”, por su valor. Y, más exactamente, dónde se encuentra. Y si en los libros ¿en cuáles? ¿En aquéllos que tratan específicamente y de modo especializado aspectos del conocimiento o en los que abordan el alma humana desde la creación estética?

La decisión parece tomada de antemano por Harold Bloom, ya que, según él, “la mente siempre retorna a su necesidad de belleza, verdad, discernimiento”. Que, para el autor, la diferencia y la primacía están zanjadas, lo ilustran numerosas aserciones que salpican el libro. Algunas, como ésta: “No leo a Hume ni a Wittgenstein si no es en busca de algún aforismo deslumbrante, y vuelvo incesantemente a Shakespeare en busca de verdad, de fuerza, de belleza y, por encima de todo, de personas” (p. 43), o como la que subraya que la suya es una “búsqueda de sabiduría combinada con excelencia estética” (p. 47).

No obstante, trata de ilustrar esa lucha entre el logos y el arte, de describir los pasos del secular combate, y de marcar las diferencias entre uno y otro enfoque, entre una y otra concepción de la vida. Creo que a ello está dedicado este volumen: a narrar las batallas que se libraron en el campo del pensamiento a lo largo de la historia de Occidente, una historia fundada en la herencia griega y en los monoteísmos vigentes hasta hoy de la mano del pensamiento especulativo y racional.

El primer tramo que encara el libro es el de “la auténtica y continua disputa entre poesía y filosofía” (p. 50), el de la polémica “antipoética” iniciada en la Grecia clásica o, como bien resume Bloom, “la disputa de Platón con Homero”, siendo Homero (o, Borges *dixit*, los muchos Homeros que hubo en Homero) la encarnación del obrar poético. Planteado en los inteligentes términos de Bloom, el dilema encontraría su centro en “¿Por qué Platón –o al menos su Sócrates- quiso desafiar a Homero como escritor sapiencial? ¿Es la poesía, la más elevada, una corrupción del intelecto? ¿Es que Homero, Dante o Shakespeare no sabían lo que hacían?” (p. 51). Bloom, una de cuyas mayores características parece ser la de no callarse nada, da la respuesta: “...Platón pretendía reemplazar a Homero en su papel de encarnación de la cultura de Grecia...” (p. 60). En resumen, “la antigua disputa entre poesía y filosofía...se convirtió en el centro de la contienda entre el Sócrates de Platón y Homero” (p. 59) y esa disputa nos ha marcado hasta ahora, con el acento puesto además en el logos “pues lo que caracteriza a Occidente es esa incómoda sensación de que su saber va por un lado y su vida espiritual por otro distinto” (p. 71).

De Cervantes y Shakespeare, en cambio, y de todo aquello que surgiría de comparar la obra de ambos, es poco lo que Bloom nos dice de nuevo (ni siquiera respecto de lo excelente que él mismo ha escrito antes), no porque la grandeza de estos autores escape a su reconocida perspicacia, sino, tal vez, porque se necesitaría reflexionar mucho más (acaso mucho más que una vida) para comprenderlos y ceñirlos íntegramente. El hecho es que, o bien reitera las virtudes de ambos, o repite lo que algunos estudiosos dijeron sobre ellos, sosteniendo siempre la primacía de los dos en la literatura occidental, pero iluminando escasamente nuevas vías de acceso a su conocimiento. Más aun: deja escapar algunas conjeturas kafkianas sobre *El Quijote*, que menciona, pero que habría podido explorar y explotar más, sobre cómo leyó Kafka a Cervantes. Tal vez esa imposibilidad de decir hoy algo nuevo de Cervantes o de Shakespeare la refleje el propio Bloom al escribir: “Erich Auerbach reivindicaba la ‘continua alegría’ del libro, que no es lo que yo experimento como lector. Pero *Don Quijote*, al igual que el mejor Shakespeare, aguanta cualquier teoría que le echés” (p. 89).

De la comparación entre Montaigne y Bacon sale, naturalmente, desfavorecido el segundo. Ya que “el ensayo personal es de Montaigne, al igual que el teatro es de Shakespeare, la épica de Homero y la novela para siempre de Cervantes” (p. 117). ¿Qué es lo que Bloom más estima de Montaigne? Probablemente su laicismo, el que haya hecho de Sócrates “quien hizo bajar del cielo, donde no hacía sino perder el tiempo, a la sabiduría humana” (*Ensayos*). Acaso también, y más que Freud, que nos aleje de la depresión y nos enseñe a valorarnos: “Todos nosotros hemos vivido y seguimos viviendo esas horas en que despreciamos nuestro ser. Montaigne, si va a ser nuestro maestro, nos insta a rechazar esos momentos como ‘la más bárbara de nuestras enfermedades’” (p. 133).

Francis Bacon, en cambio, “era quizá tan desagradable como brillante, original e incapaz de amar a nadie. En abstracto, Bacon amaba el futuro, en el que la tecnología liberaría al ser humano. Inundados como estamos ahora de información tecnológica, uno se pregunta si el sueño de Bacon no se ha tornado pesadilla” (p. 138). Una vez más, lo compara con los maestros de la sabiduría, y una vez más el inglés pierde en la

comparación: “Montaigne no ve su vida como teatro, pero Bacon tiene un toque de Hamlet. Al igual que la de Hamlet, la mano abierta de Bacon es capaz de transformarse rápidamente en un puño cerrado. Si Montaigne quiere convencerte, no es mediante el argumento ni la autoridad, sino mediante la insinuación. Bacon no es tan tendencioso como San Agustín o Sigmund Freud, pero el científico-filósofo estaba firmemente convencido de que poseía verdad y sabiduría que comunicar” (p. 141). Para finalizar, Bloom lo remata con un aforismo casi “baconiano”: “El progreso, el ideal que le impulsó, nos proporciona una tecnología tras otra, pero cada vez menos conocimiento de nosotros mismos” (p.147).

“Aunque yo he adorado e intentado imitar al doctor Johnson desde mi adolescencia -nos dice luego Bloom-, Goethe constituye para mí una incesante fuente de asombro, un auténtico milagro de fecundidad literaria en su grado más absoluto” (p. 149). En lo relativo a la literatura “sapiencial”, objeto de búsqueda de este libro, y de la comparación con Johnson, surge que “Goethe era un pagano instintivo que se creía dotado de un demonio propio y que espontáneamente manifestaba la ‘jovial sabiduría’ que Nietzsche pretendía conseguir tan afanosamente. La sabiduría johnsoniana es sombría y mordaz, al estilo del Eclesiastés” (p. 150).

Al hablar de Emerson, “el sabio dominante de la imaginación americana”, Bloom asume, él mismo, tonos filosóficos y proféticos. Son los que necesita para comprender lo contradictorio del mensaje de Emerson, quien efectivamente ha tenido discípulos disímiles: “Como devoto de Emerson, he de admitir, no obstante, que, al conformar la mente americana, profetizó que una demencial ensalada acompañaría a nuestra carne. (...) Rechazó la Vieja Europa a favor del Adán americano. Semianalfabetos como son en la pandilla de Bush, su visión de la Tierra del Atardecer imponiendo sus ideas al universo posee un vínculo implícito con el emersonianismo” (p. 187). Es ese carácter amorfo y totalizador de la obra de Emerson el que lleva a Bloom a subrayar su influencia sobre escritores y poetas antes que sobre “la geopolítica americana”, aunque teme “que los dos ruedos son difíciles de separar” (p. 186).

En cuanto a Nietzsche, su sabiduría “es muy miscelánea y probablemente desasosiega más que aclara, pues no es absoluto prudencial, contrariamente a la de Emerson, a quien Nietzsche, de manera sorprendente, admiraba, malinterpretándolo de una manera poderosa” (p. 194). La menor estima por este pensador refleja las diferencias que separan a Bloom de su cosmovisión: “Sigue siendo un soberbio escritor sapiencial, pero la suya es una sabiduría situada en el extremo, colocada ante un abismo al que debe precipitarse” (p. 195). No obstante, releva lo que, a su entender, es un mérito mayor: “Creo que la verdadera fuerza de Nietzsche, su originalidad, fue darse cuenta de las implicaciones cognitivas de la sabiduría poética” (p. 202).

No es poco singular otra pareja que une Bloom: “Proust es el novelista de nuestro tiempo, del mismo modo que Freud es nuestro moralista” (p. 217). Con Freud, comienza por una paradoja: “...insistía en que había desarrollado una ciencia que haría una contribución vital a la biología, pero en ese aspecto se engañó. No se convirtió en el Darwin, sino en el Montaigne de su época” (p. 205). Y luego: “Si uno busca los autores más poderosos de nuestra época en Occidente, casi todos los lectores estarán de acuerdo en las figuras principales (...) Los pensadores esenciales podrían formar un canon más breve y más polémico, fueran científicos o filósofos (...) Freud es un caso único, pues domina el segundo grupo y compite sin problemas con Proust, Joyce y Kafka en el primero” (p. 206). De toda su elogiada obra, destaca las ideas y enseñanzas de *El malestar en la cultura* donde “Concluye, sin ninguna aparente ironía, defendiendo el amor contra la muerte, al tiempo que reconoce la inmortalidad de ambos antagonistas” (p. 216).

Lo relaciona también con Proust porque, singularmente “fueron dos grandes ironistas, trágicos celebrantes del espíritu cómico, no están muy de acuerdo en cuestiones como los celos, la paranoia y la homosexualidad, aunque los dos comienzan comprendiendo que todos somos bisexuales por naturaleza” (p. 217). Lo más interesante del comentario sobre Proust (que contiene largas y prescindibles citas) aparece con el tema predilecto de Bloom, el de la influencias y competencias, y deriva de los celos pasionales a los literarios: “la novela es envidia creativa, el amor son celos, los celos son el terrible temor de que no haya bastante espacio para uno (incluyendo el espacio literario), y que uno no disponga de tiempo suficiente, pues la muerte es la realidad de la propia vida” (p. 231).

El libro termina con un capítulo sobre El Evangelio de Tomás y otro sobre San Agustín. La popularidad del primero se debería a que “existe de hecho ‘la Religión Americana’: sin credo, órfica, entusiasta, protognóstica, poscristiana” (p. 237) ¿Por qué es incluido en este libro? Porque aquél “se dirige tan sólo a una élite sutil, a los que son capaces de saber y que a través del saber pueden llegar a ver lo que, insiste Jesús, está perfectamente visible ante sus ojos, de hecho en torno a ellos” (p. 243). De San Agustín, “el más atrevido de todos los intelectuales católicos” (p. 249), “el creador de la sabiduría cristiana” (p. 250) y con el cual manifiesta no estar de acuerdo en nada, ya que *La ciudad de Dios* “no se dirige a un judío gnóstico” (p. 250) opina que “sigue siendo el teórico más profundo de la memoria que ha existido” (p. 251) aparte de ser “quien nos enseña a leer, pues fue el primero en establecer la relación entre lectura y memoria” (p. 253).

Si fuese posible resumir el mensaje de este libro en pocas líneas, ellas serían, creo, las que escribe en la página 176: “Dentro del canon hebreo, Dios le dice al profeta Ezequiel (33, 30-33) que el pueblo le recibirá como a un cantor más que como a alguien que viene como consejero”.

Unas cuantas cosas podrían reprochársele a Bloom: su arbitrariedad; a veces, su facilidad; su tan norteamericano espíritu competitivo, que lo lleva a establecer disputas, campeonatos, combates por la primacía y muy shakespereanas conspiraciones palaciegas entre escritores hace tiempo muertos. Pero debe reconocérsele su erudición, su amor por la literatura, lo razonable de sus enjuiciamientos a la academia y a la crítica, su humor, y que en estas páginas aparezca siempre algún destello de genialidad.

Mario Goloboff